

EL ESTRECHO DE MAGALLANES Y “LA REGIÓN ANTÁRTICA
FAMOSA”: APERTURAS, CIERRES Y DESPLAZAMIENTOS EN *LA
ANTÁRTICA Y OTROS MITOS* DE MIGUEL SERRANO

*THE STRAIT OF MAGELLAN AND “THE FAMOUS ANTARCTIC
REGION”*: OPENINGS, CLOSINGS AND DISPLACEMENTS IN *LA
ANTÁRTICA Y OTROS MITOS* BY MIGUEL SERRANO

Christian Formoso Bavich
Universidad de Magallanes
christian.formoso@umag.cl

RESUMEN

Las irrupciones inaugurales de Magallanes en la literatura como lugar de paso, y luego de colonización fallida, se articulan sobre la base de una serie de aperturas, cierres, desplazamientos y bloqueos que, asociados a fuerzas naturales descomunales, un mundo indígena giganteo y un culto que termina entregando el control exclusivo del lugar al demonio, terminan produciendo una serie de representaciones funcionales al proyecto político del imperio español del momento, justificando su fracaso en el territorio. Sostengo que *La Antártica y otros mitos* (1948) de Miguel Serrano, vuelve sobre dichas representaciones del imaginario austral, esta vez desplazadas hacia el Continente Blanco, para hallar en un Magallanes —relegado nuevamente a lugar de paso ahora en el proyecto nacional—, el nexo entre Chile y la Antártica: mitos y leyendas del pueblo selk’nam, territorio y nazismo, articularán la causa de la nacionalización de los hielos como un deber patriótico, que será refundación, elevación y proyección no solo del ser chileno, sino de Occidente.

PALABRAS CLAVE: Miguel Serrano, Antártica, Magallanes, Selk’nam, mito.

ABSTRACT

The first references in literature to the Magellan territory as a place of passage, and later as a failed colony, are based on a series of openings, closings, displacements, and blockages. Those aspects are also associated with enormous natural forces, a gigantic indigenous world, and a cult which eventually gives full control of the territory to the Devil. As a result, a series of representations are produced to explain the Spaniard’s failure in the territory at the time which are functional to the political project of the Spanish Empire. I argue

that *La Antártica y otros mitos* (1948) by Miguel Serrano alludes to such representations of the Southern imaginary and displaces them towards the White Continent, hence finding the nexus between Chile and Antarctica in Magallanes: a place of passage in the national project. Furthermore, myths and legends of the Selk'nam people, territory and Nazism will articulate the cause of the nationalization of Antarctica that stems from a patriotic duty, reestablishing, elevating, and projecting the Chilean being and the West.

KEY WORDS: *Miguel Serrano, Antarctica, Magallanes, Selk'nam, myth.*

Recibido: 27 de marzo de 2020.

Aceptado: 4 de junio de 2020.

“Sea lo que sea, suceda lo que suceda, nuestra misión actual es preservar
y salvar el Sur, integrándolo en nuestra conciencia”

(Serrano 7)

La Región de Magallanes y de la Antártica Chilena, como se conoce oficialmente a la zona desde el año 1975¹, y que en su denominación territorial une las dos regiones más extremas del austro, no sólo concreta su vínculo político en esos años. Hacia 1569, Chile, en la primera parte de *La Araucana* de Alonso de Ercilla, ya asoma como “fértil provincia y señalada / en la región antártica famosa”. Y con la descripción del ancho “del polo Antártico en altura/ de veinte y siete grados”, lo antártico se ubica solo a seis versos del Estrecho: “Magallanes, señor, fue el primer hombre/ que, abriendo este camino, le dio nombre” (80). Más tarde, “la palabra antártico” viaja a la zona andina, y “emerge en el virreinato hacia finales del siglo XVI. Es vocablo de la cultura clásica que había llegado a América con las armas y las letras de la conquista” (Firbas, *Geografía* 265). Como adjetivo, de manera alternativa y “de breve duración”, se utiliza primeramente “para designar los vastos territorios del Perú”; aunque luego,

¹ La palabra “Antártica” acompañada del adjetivo “chilena” y adosada legalmente al nombre y al concepto de Región, llega de manera oficial a Magallanes durante la dictadura de Augusto Pinochet. Durante los primeros años de su mandato, el dictador llevó a cabo un proceso de “revisión político-administrativa” del país, que entró en vigencia “a partir de 1974 y 1975, y en virtud del cual el país se dividió en regiones y éstas, en provincias y comunas.” En una política de Estado que es leída por Martinić como apuntando “al desenvolvimiento armónico integral de la República”. Así, la zona de Magallanes pasa a: “integrar el territorio histórico en suelo americano con la dependencia antártica nacional, sobre la que Chile demanda reconocimiento de jurisdicción. La Región quedó (...) dividida en cuatro provincias conformadas por los antiguos departamentos de Última Esperanza, Magallanes y Tierra del Fuego, y la nueva de la Antártica Chilena” (*Breve historia* 130).

tras una corta vida en las letras coloniales², hacia 1610 las abandona definitivamente (266), para reaparecer asociado al Continente Blanco (Velásquez 290) y a Chile³ a partir de las primeras expediciones científicas del siglo XIX.

² Cabello de Balboa concluye su *Miscelánea antártica* en 1586; y entre ese año “y 1610 otros escritores peninsulares establecidos en la colonia utilizan también la palabra antártico en los títulos de sus libros: así en el *Parnaso antártico* (1608) de Diego Mexía y en las *Armas antárticas* (ca. 1609) de Juan de Miramontes Zuázola. Además, se publica en 1602 la *Miscelánea austral* de Dávalos y Figueroa, una variante de la misma geografía; y aparecen impresos en 1596 y 1608 dos sonetos a nombre de la ‘Academia Antártica’. La actualidad de este adjetivo en el mundo colonial peruano se hace evidente, además, con la aparición de un ‘Caballero antártico’ en las sierras andinas, quien desfila disfrazado junto con don Quijote en 1607, en una fiesta minera del pueblo de Pausa. El propio Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un conquistador y una palla o princesa incaica, cuando escribe en 1596 su genealogía paterna, se llama a sí mismo ‘Yndio Antártico’ (Garcilaso 1951, 41)” (Firbas, Geografía 266).

³ Chile comienza hacia 1892, por medio del “Gobernador del Territorio de Magallanes, capitán de navío don Manuel Señoret” a hacer notar mediante comunicados “al Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización el derecho eventual de Chile sobre las tierras antárticas del cuadrante americano” (Martinic, “Cronología” 9). A partir de entonces, comienzan a desarrollarse una serie de actividades destinadas a marcar presencia y animus occupandi de Chile en el Continente Blanco. Desde 1901 en adelante, “el diario *El Magallanes* de Punta Arenas aboga periódicamente por la participación de Chile en la exploración científica de la Antártica y en la protección de la riqueza pelágica y pelífera de las aguas australes” (10). Hacia 1902 comienzan exploraciones y empresas de corte económico: ‘Braun & Blanchard’ y la caza de focas en el litoral de las islas Shetland y de Georgia del Sur y una industria ballenera que floreció entre los años 1903 y 1935 (Duque 7). La incorporación definitiva de la Antártica a Chile, comienza a articularse hacia 1940, con “artículos y estudios sobre la conveniencia y necesidad de proclamar la soberanía de Chile sobre la región polar” del coronel Ramón Cañas Montalva, Comandante del Destacamento Militar de Magallanes, la creación la ‘Comisión para el estudio de los problemas de las provincias de Chiloé, Aisén y Magallanes’ ese mismo año, mediante el Decreto 2.095 del Ministerio del Interior suscrito por el Presidente Pedro Aguirre C. y la totalidad de sus Ministros. Es la primera vez que se “expresa con claridad que el territorio de esta última región comprende parte del continente antártico” (13). Siete años más tarde, el presidente Gabriel González Videla encabeza la ‘Primera Comisión a la Antártica Chilena’, en que se toma “posesión efectiva del territorio en nombre de la República de Chile” y se procede a la “construcción e inauguración de la primera base antártica nacional ‘Soberanía’ (hoy ‘Arturo Prat’)” en la isla Greenwich, parte del archipiélago de las islas Shetland del Sur. A nivel internacional, el mismo año, Chile hizo “reserva de sus derechos antárticos en la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro” (14). En 1957 y en el marco de la ‘XI Comisión Antártica Chilena’, Chile se suma a la celebración del “Año Geofísico Internacional”, instalando la Base Científica ‘Luis Risopatrón’ en las cercanías de la Base O’Higgins. El año 1958, Chile concurre “como miembro fundador a la constitución del Comité Científico para las investigaciones an-

En ese último contexto, y en el desarrollo de una política articulada de reclamaciones soberanas de nuestro país sobre el Continente Blanco, surge *La Antártica y otros mitos* (1948), producto de la experiencia de Miguel Serrano en su viaje a la Antártica en 1947. Reporteando para “la revista ‘Zig-Zag’ y el diario ‘El Mercurio’” (Salazar), el autor chileno formó parte de la Primera Comisión que consiguió la toma de posesión efectiva del territorio a nombre de Chile, y la construcción de la primera base antártica nacional (Martinic, *Cronología* 14). Primero en forma de conferencia, y luego en formato libro –incluyendo una suerte de epílogo de dos breves textos titulados “El retorno de los hielos” –, la obra articula la funcionalidad de las reclamaciones políticas chilenas de la hora sobre el Continente Blanco, con una serie de representaciones tradicionalmente asociadas al Estrecho y el territorio magallánico. Funcionales en su momento a la Corona española, y acuñadas durante todo el siglo XVI y comienzos del XVII, tales representaciones encuentran, en la escritura y la imaginación de Serrano, eco directo con el proyecto chileno de expansión polar. En ambas escrituras, la posición de Magallanes toma mero valor de pasaje o lugar de paso. Y mediante una serie de aperturas, cierres y desplazamientos, relievan lo opaco y la pertenencia demoníaca de los pueblos originarios y del territorio austral. Un Magallanes funcional, en definitiva, a los proyectos hegemónicos de cada momento, que cifran sus más altas esperanzas siempre en un territorio más allá: las Molucas para España, el Continente Blanco para la nación blanca chilena.

LA TRADICIÓN IMPERIAL DEL VALOR ALLENDE MAGALLANES

Hay dos textos fundacionales y centrales de las representaciones magallánicas durante el siglo XVI, que continuarán articulándose desde la península y el virreinato del Perú en el siglo siguiente, y que tendrán eco, como adelantamos, en el discurso de Serrano: el *Primer viaje en torno al Globo* de Antonio Pigafetta, crónica inaugural de la primera expedición que, zarpando de San Lúcar de Barrameda, al mando de Hernando de Magallanes y, posteriormente, de Juan Sebastián Elcano, “descubre” el Estrecho de Magallanes y circunnavega por primera vez el globo, entre el 20 de septiembre de 1519 y el 6 de septiembre de 1522; y los *Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*, de Pedro Sarmiento de Gamboa, que da cuenta de las dos empresas que, enmarcadas entre esos años, conducen al intento y fracaso definitivo del poblamiento de las costas del Estrecho por parte del Imperio Español.

tárticas (SCAR)” (Martinic, “Cronología” 15). Desde entonces, Chile ha continuado las visitas presidenciales y la fundación y mantención de bases militares e instalaciones científicas en el Continente Blanco, a través de una serie de ‘Comisiones Antárticas’ anuales,” que en el verano 2014-2015 dieron origen a la “68ª versión de la Campaña Antártica” (Siete misiones online).

Partimos desde Pigafetta y Sarmiento, pues cada uno, a partir de un estadio preciso del proyecto político de expansión imperial español, zarpó en su empresa fijando puntos centrales de las representaciones magallánicas: primero, la existencia misma del Estrecho, y luego la acumulación de fracasos y tragedias que darán a Magallanes la categoría de lugar maldito⁴.

La obra de Pigafetta, tan pronto como aborda la estadía de la expedición en San Julián, entre el 19 de mayo y el 21 de agosto de 1520, comienza a establecer “las bases para el mito a partir del cual la Patagonia se explora”. Luego de dos meses sin que vieran a “ningún habitante del país” se da por inaugurada la mirada de un vacío patagónico que asumirá luego el nombre y las dimensiones de sus habitantes (Livon-Grosman 50), los “gigantes” patagones: “Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura” (Pigafetta 56). Ya para junio de 1520, en un ritual funerario donde junto al agonizante aparecen “diez o doce demonios cantando y bailando a su alrededor” (61), liderados por “el jefe o diablo mayor (...) Setebos”, hallaremos la imagen del culto del patagón: “parece que su religión se limita a adorar al diablo” (62). Yendo al Estrecho mismo, buscar la salida al Pacífico y explorar la geografía y las condiciones climáticas de los canales, articulará una imagen territorial vertiginosa y laberíntica, de aperturas y de cierres:

en el instante en que se creían perdidos vieron una pequeña abertura que tomaron por una ensenada de la bahía en que se internaron; y viendo que este canal no estaba cerrado, continuaron recorriéndole y se encontraron en otra bahía, en la cual se encontraron en otro estrecho, del que pasaron a otra bahía mucho más grande que las precedentes (65).

Y a la salida del canal, las posibilidades de conquistar y aprovechar el territorio quedarán establecidas doblemente. Primero, porque luego de identificar una serie de recursos explotables, Pigafetta declara: “no hay estrecho mejor que este en el mundo”. Y luego, porque la reaparición de “Setebos” —cuando Pigafetta besa la cruz y, mediante señas, el patagón cautivo le indica que el demonio entraría en su cuerpo y lo haría reventar—, concluye con el relato de la muerte del “gigante” y el triunfo del cristianismo: “en su postrera enfermedad, pidió la cruz, la besó, y nos rogó que lo bautizáramos, lo que hicimos poniéndole el nombre de Pablo” (69). El espacio de

⁴ Otras obras considerables con representaciones que rompen “el silencio en torno a las poblaciones de Sarmiento de Gamboa en el estrecho de Magallanes” (Firbas, *Fracaso* 134), serán luego *Conquista de las Islas Malucas* de Bartolomé Leonardo de Argensola, publicado en Madrid, en 1609; *Armas antárticas*, poema de Juan de Miramontes Zuázola, escrito en Lima hacia el mismo año, y *Santa Rosa de Lima*, poema de Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, publicado en Madrid en 1711.

tensión y dominación de esta última cita, representado en la imagen de la amenaza diabólica al cuerpo del europeo y la muerte del indígena cristianizado, quedará en las representaciones magallánica asociadas largamente a un territorio vacío, de dimensiones y elementos gigantes, y de aperturas y cierres. Este primer relato crea las condiciones favorables para un lenguaje común de código, consenso e interacción política entre las representaciones siguientes del espacio magallánico: las que suceden a Pigafetta, refuerzan o cuestionan sus primeras descripciones; por tanto, de cierto modo, y “de una manera acumulativa, las incorporan” (Livon Grossman 16).

Mauricio Onetto nos recuerda que, con posterioridad al paso de Magallanes en 1520, y hasta el año 1578, viajando desde Europa el Estrecho no volvió a ser atravesado⁵ (78). Vale volver a citar, sin embargo, la primera y breve aparición del canal en

⁵ El “descubrimiento” geográfico de la empresa magallánica, y la necesidad de la incorporación plena de esos territorios “gigantes” que acrecentaban los dominios de la Corona española, originan cinco expediciones sucesivas desde la península. La finalidad de todas ellas será mapear con precisión la ruta de Magallanes, e intentar conseguir “el aprovechamiento económico y político de estas nuevas tierras” (Sarmiento 1: XVII). La primera expedición con posterioridad a la de Magallanes, es la de San Juan Frey García Jofré de Loaisa, y cuyo piloto mayor era el mismo Juan Sebastián Elcano que concluyó y comandó la circunnavegación de la primera empresa, a la muerte de Magallanes. Esta, parte de la Coruña en julio de 1525 y atraviesa el Estrecho entre el 8 de abril y el 26 de mayo de 1526. La pérdida de naves antes y después del paso del canal, y la muerte del capitán y el piloto mayor, sellaron el destino de la expedición. La siguiente aventura estuvo al mando de Sebastián Caboto, pero no logró siquiera atravesar el límite del Río de la Plata. Más tarde, en 1534, Carlos V emitió la Cédula real que dividió a la América meridional en cuatro gobernaciones, quedando la Patagonia incluida en la de Nueva León, al mando del gobernador Simón de Alcazaba. El hecho dio origen el mismo año a la expedición comandada por Alcazaba, y que, con dos navíos deteriorados y 250 personas entre clérigos y colonos, intentarían catequizar y poblar la zona. Las condiciones climáticas, sin embargo, los obligaron a dejar el Estrecho y a afincarse a la altura de los 45 grados de latitud sur, en la costa patagónica atlántica. Infructuosas expediciones terrestres y la desesperación de los colonos terminan con la vida del capitán gobernador y la de la mayoría de las personas (1: XIX). Un nuevo intento de poblamiento será comandado por Francisco de Camargo en 1540. De las tres naves que zarparon inicialmente, una se pierde a la entrada de la primera angostura, otra retorna a España, y la última logra llegar al Perú. De los naufragos de esta empresa en la entrada del Estrecho, “arranca en parte la leyenda según la cual, al cabo de deambular por los páramos patagónicos como fantasmas, hallaron un oasis de inaudita riqueza: Trapalanda, la ciudad encantada, que se llamó luego Ciudad de los Césares” (1: XX). Por su parte, desde el continente americano hubo también esfuerzos por llegar a la zona austral. Diego de Almagro intentó usar la cuadrilla marítima que lo acompañaba para comunicar vía el Estrecho su “descubrimiento” de Chile a la corona; sin embargo, sus naves no pasaron más allá de Concepción. Pedro de Valdivia, primero con Juan Pastene –quien llegaría sólo hasta Corral–, y luego con Francisco de Ulloa –quien logró navegar algunas leguas del Estrecho para retornar agobiado–,

la épica americana. En la primera parte de *La Araucana* (1569), la escueta mención es clave al representar lo que Firbas llama el “carácter opaco del Estrecho” (*Geografía antártica* 269); esto es, la representación del paso como un lugar de penetración cuya dificultad puede atribuirse a “la falta de pilotos” o a “encubierta / causa quizá importante y no sabida” (Ercilla 80). A eso, se suman las fuerzas descomunales del territorio: “ora que alguna isleta, removida / del tempestuoso mar y viento airado / encallando en la boca, la ha cerrado” (80). Un viento capaz de arrancar una isleta de cuajo, un espacio en desplazamiento, el bloqueo de la entrada y una causa oculta que administra ese cierre y acceso, comienzan a consolidarse entonces sobre la página del Estrecho y los discursos que la incorporan.

Aunque no hay cómo saberlo, es posible pensar que, tal como dice Braun Menéndez, el Estrecho hubiera permanecido cerrado —o bloqueado por esa “isleta”—, sin la honda repercusión que significó para España el paso de Francis Drake en 1578 (Sarmiento 1: XXIII). Encargado de la expedición enviada por Toledo al Estrecho a fin de cerrar el paso al inglés (Vargas Ugarte 276), Sarmiento exploró las costas australes entre el 21 de enero y el 24 de febrero de 1580 (Martinic, *Historia* 62, 66). Sus observaciones provocaron un segundo viaje en que, ocupando el cargo de Gobernador del Estrecho, fundó en 1584 los enclaves de “Nombre de Jesús” y “Rey Don Felipe”, para intentar volver a España ese mismo año, dejando en Magallanes a alrededor de 300 colonos. Luego de un accidentado derrotero, y después de ser apresado por ingleses y hugonotes, Sarmiento cumplió su propósito recién en 1587, mientras “el hambre, los indios y los rigores del clima consumían a los habitantes de la nueva población. No quedaban sino unos quince, cuando en diciembre de 1586, aportó por aquellas soledades el pirata inglés Cavendish” (Vargas Ugarte 277), quien rescató a Tomé Hernández, único colono que se atrevió a embarcar en la nave inglesa. Cavendish dio al lugar el nombre de *Port Famine*, hoy *Puerto del Hambre*. Como señala Vargas Ugarte, “Todo pareció conjurarse para impedir el establecimiento de poblaciones en el Estrecho y el paso del pirata Cavendish, a raíz de estos sucesos, fue la mejor prueba de que se había trabajado en vano” (277).

también intentó conquistar el austro magallánico. La expedición de Juan Ladrillero en agosto de 1558 tuvo, a pesar de las penurias y las pérdidas materiales, resultado positivo en la detallada exploración y en la toma de posesión de las costas del Estrecho a nombre de Su Majestad y del Gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza (1: XXII). Pero será la última de las expediciones antes de la definitiva de Pedro Sarmiento de Gamboa, pues cada exploración, a pesar de los resultados concretos de Ladrillero, impuso el peso de sus desastres como el legado más significativo que, sin embargo, confirmó paradójicamente a la Corona, tanto la importancia estratégica del Estrecho como paso entre los océanos, como la ausencia de cualquier otro valor —ni de riqueza ni práctico— para la zona (1: XXIII).

En su primer viaje, Sarmiento coincide con Pigafetta en mostrar intermitente pero sucesivamente, la capacidad laberíntica de cierre y apertura espacial del Estrecho. En la entrada del 8 de febrero de 1580, Sarmiento describe desde la “Ensenada de Mucha Nieve”, que “enfrente de esta punta, en la otra costa, sale otra punta que cierra la una por la otra, que antes de llegar a ella parece que se cierra” (1: 91). Con todo, descripciones como esa se matizan con las de tierra “buena, sombrada y apacible a la vista (...) buenos valles y ríos de buena agua, y muy buena madera y buenos puertos y surgideros” (1: 100, 101). El propósito de este primer viaje es el informe a la Corona “para que su Majestad mande y provea, en todo, lo que más fuere servido para la prevención y seguro de aquella entrada, antes que sea ocupada de los corsarios, que ya la saben” (11). Abierto como está el Estrecho para el tránsito de los enemigos de la fe, Sarmiento propone “crear una frontera que protegiera los reinos con fortificaciones” (1: 62). Junto a la fundación de las dos ciudades, la empresa incluye además el bloqueo del Estrecho, a cargo de ingenieros experimentados en la materia (Cámara 40). En ese contexto, y siguiendo los proyectos de Tiburcio Spanocchi, Bautista Antonelli viaja a Magallanes (44) con la idea de “poner una cadena de hierro entre (...) dos fuertes”, ubicados sobre las orillas opuestas del punto más angosto del Estrecho. Dichas trazas “nunca se construyeron, fue imposible dadas las características del lugar” (70).⁶

La relación entre el espacio magallánico y el diablo inaugurada por Pigafetta, también es explorada en Sarmiento. En la entrada del 7 de marzo de 1584, con posterioridad a la toma de posesión del territorio y la fundación de Nombre de Jesús, Sarmiento apunta que “llegó el caudillo indio (...) pidió una flecha, y paseándose y

⁶ Interesa señalar que hay una lectura distinta del proceso de fortificación del Estrecho de Magallanes a la planteada por Cámara y los historiadores anteriores “Martín Fernández de Navarrete, Julio Guillén Tato, Ángel Rosenblat, Gabriel Guarda y Eduardo Nussio Díaz, entre otros” (Zuleta 156). Joaquín Zuleta, plantea que en el proyecto de fortificación del Estrecho hay una primera etapa de 1581, que corresponde al diseño de Juan Bautista y su hermano Bautista Antonelli, “marcado por la preparación de la Armada del Estrecho, cuyo principal objetivo era la fortificación”. Y que diez años más tarde hallaríamos la segunda etapa, donde el “único ingeniero involucrado es Tiburcio Spanocchi”, etapa que estaría relacionada “con la insistencia de Sarmiento de Gamboa por regresar una vez más al Estrecho y continuar el malogrado proyecto”. Lo anterior se traduciría en que los dibujos que circulan donde se observan “el diseño de los fuertes, el mapa de la boca oriental del estrecho y la instrucción pertenecen íntegramente a Tiburcio Spanocchi (y) fueron trazados después del regreso de Sarmiento de Gamboa a España, hacia 1591”. En lo que nos toca, lo anterior implicaría que el proyecto de control del espacio del Estrecho, incluso en el imaginario peninsular, continuaría vigente más allá del fracaso de la empresa de 1584. Para mayor detalle, ver “La fortificación del estrecho de Magallanes: un proyecto al servicio de la imagen de la monarquía” de Joaquín Zuleta Carrandi, Universidad de Navarra, 2013.

encorvándose el cuerpo, se la metió con su mano por la boca y gáznate hasta las plumas, y luego se la tornó a sacar llena de sangre (...) Y creo que es aquel sacrificio que hacen al Demonio” (2: 40, 41). Las experiencias dramáticas posteriores⁷, sintetizadas en las imágenes asociadas a *Port Famine* o *Puerto de Hambre*, sellan el vínculo en el premonitorio discurso con que el Capitán General del Estrecho arenga a sus colonos en el accidentado trayecto que concluye con la fundación de Rey don Felipe. De “no hacerse cosa ninguna de aquellas para que quedamos y el Rey nos envió (...) los indios quedarán soberbios, el Demonio vitorioso, nuestros enemigos riéndose de españoles, y todos de nosotros” (2: 46, 48).

El impacto del fracaso de Sarmiento y su trasvasije simbólico, completan un panorama en que las representaciones acumuladas hasta entonces producen una nueva configuración territorial que implica la renuncia definitiva de la Corona, tanto al intento de poblamiento de las costas, como a la “utopía de control del espacio” (Firbas, *Fracaso* 136) del Estrecho⁸. Podemos agregar que el poema *Armas antárticas* (ca. 1609) de Juan de Miramontes Zuázola, dejará definitivamente atrás las representaciones productivas de la naturaleza magallánica: “El fuerte y recio temple, / el frío inclemente, / (...) del encorvado estrecho Magallanes (oct. 1518); y reforzará la degradación de quienes lleguen a enfrentarla: “un fiero soldado, inexorable, / mató para comer su camarada” (oct. 1576). El triunfo diabólico en el territorio, anunciado por Sarmiento, servirá para explicar la derrota final de estas empresas. *Armas antárticas* describirá “cómo Lucifer a Dios la gloria/ debida usurpa y con nephandos⁹ ritos / se hace adorar en todo aquel paraje” (oct. 1516), y extenderá la argumentación en torno al fracaso, pues en ocasiones se “pretende hacer a Dios servicio / y su inmenso saber

⁷ Luego de haber fundado el 11 de febrero de 1584 la ciudad del Nombre de Jesús, el Capitán General del Estrecho, acompañado de un fraile y noventa y cuatro soldados, decide explorar la zona por tierra y llegar hasta el río San Juan de la posesión, para fundar la ciudad que llamará del Rey don Felipe. El periplo de quince días con poca comida, ropa inapropiada y duras condiciones climáticas, resulta largo y angustiante. Sufren, además, un primer ataque indígena que deja cuatro soldados muertos, muchos heridos, y pánico en el grupo. Sarmiento, en esas críticas circunstancias, debe alentar a su gente: “No sois vosotros los primeros españoles que en Indias han pasado más y perdido más (...) ¿Qué os aprovecha el haber trabajado hasta aquí, si a la puerta os quedáis sin refrigerio de comida ni otro albergue, donde dentro de cuatro días moriréis vilmente? (2: 46, 48).

⁸ A lo anterior, se suma el “descubrimiento” del cabo de Hornos en 1616, lo que quita al Estrecho la condición de paso único entre los océanos: la colonización “no se intentará en los siglos venideros hasta 1843, fecha que marca el principio de la colonización de Chile, que esta vez sí será definitiva” (1: XLIII).

⁹ Entendiendo “nefandos en su sentido más estricto: hechos de los que no se puede hablar” (Firbas, *Fracaso* 141).

no las consiente”. Evangelización y poblamiento finalmente “no se cumplió ni fue tu gusto”. Y como en la “causa oculta” de Ercilla, Miramontes cierra: “oculto es tu juicio, Señor justo” (oct. 1545, 1546).¹⁰

EL ESTRECHO Y LA ANTÁRTICA EN *LA ANTÁRTICA Y OTROS MITOS*

Miguel Serrano¹¹, figura prominente de la generación literaria chilena de 1938, y abierto simpatizante de “las ideas y postulados del nacionalsocialismo” (Miguel Serrano online), escribe esta obra cuando el tema antártico toma cuerpo y acción en el proyecto

¹⁰ En “Santa Rosa de Lima”, incluso el discurso irá más lejos. El estrecho de Magallanes será parte de un *locus diabolicus*, con una significativa reducción de sus elementos, donde la relación entre el territorio austral y Luzbel llegará incluso a prescindir de intermediarios: en un Magallanes sin indígenas, el demonio mismo tomará el control de los elementos naturales del paso austral. Para más detalle ver ““La divina providencia” y “la puerta del estrecho” de Magallanes en dos poemas coloniales”, *Anales de Literatura Chilena*, Pontificia Universidad Católica, No. 31.

¹¹ La obra de Miguel Serrano (1917-2009), se inaugura con la *Antología del verdadero cuento en Chile* (1938), donde presenta a su generación literaria, precisamente la de 1938. Por esos años también se comienza a manifestar su inclinación política, que recorrió el más amplio espectro ideológico del siglo XX. De su adhesión inicial al comunismo “tras la muerte de su amigo Héctor Barreto en manos de los nacionalsocialistas”, pasó a una activa militancia nacionalsocialista, desencadenada por “la muerte de 60 jóvenes miembros de dicho partido en la torre del Seguro Obrero”, en Santiago de Chile, en 1938. Su actividad diplomática entre 1953 y 1970, lo llevó a recorrer países como Austria, Yugoslavia y Suiza. Pero fue su estadía en la India y el conocimiento del hinduismo, los que dejaron honda marca en títulos como *Los misterios* (1960), *Las visitas de la Reina de Saba* (1960) – “que contiene un prólogo de Carl Jung, el único que Jung escribió para una obra literaria” –, y *La serpiente del Paraíso* (1963). A contar de 1980, año en que regresa a establecerse en Chile, su obra está marcada por los temas del nacionalsocialismo y el hitlerismo esotérico. En esa línea, son centrales *El cordón dorado: hitlerismo esotérico* (1978), *Adolf Hitler. El último avatar* (1982), y *Manú: “Por el hombre que vendrá”* (1991) (Miguel Serrano online). Un aspecto que habitualmente se destaca de la figura de Serrano, es el de las amistades que cultivó. Entre ellas se cuentan figuras como C.G. Jung, Jawaharlal Neru, Indira Gandhi, el Dalai Lama, Ezra Pound o Herman Hesse. (Biografía online) Hay que agregar aquí que la bibliografía sobre la obra de Miguel Serrano es escasa. Tal como describe Hernán Castellano Girón, el autor de *La Antártica y otros mitos* es, por su posición política, un “outsider despreciado por (...) la crítica y hasta hoy muy poco comprendido” (online). Por tanto, el trabajo sobre su obra se remite más bien a notas publicadas en medios de comunicación escritos, disponibles en la actualidad a través de plataformas virtuales como Memoria Chilena de la Biblioteca Nacional de Chile, y el sitio web Letras.s5.com. Un esfuerzo distinto representa el libro *Miguel Serrano* (Santiago de Chile, 2014) bio-bibliografía sobre el autor escrito por Sabela Quintela.

político expansivo de la nación chilena. Ha viajado allí “como chileno (...), escritor y (...) artista” (Serrano, *La Antártica* 40), en un contexto global que, después de dos guerras mundiales, ha arrojado una pesada penumbra: “El mundo occidental que muere nada deja, y aún no ha sido capaz de ascender, desde sus premisas, hasta sus mejores realizaciones”. Su lectura es que este momento “parece repetirse constantemente en la historia de los hombres”. Y su propuesta es hallar las señales históricas y filosóficas del eterno retorno ante “Una cultura que muere y un mundo bárbaro que acecha” (28). Esas señales, se hallarán en el territorio y los habitantes originarios de Magallanes.

La mirada nacionalsocialista de Serrano en una empresa de carácter gubernamental y oficial, a sólo dos años del fin de la Segunda Guerra Mundial, resulta un aspecto al menos tan delicado como para que el autor mismo juzgue prudente advertir de ello en la nota introductoria de la obra: “Podría correr el peligro de llegar a ser considerado maliciosamente como impulsor político, o propagandista subrepticio, de un Mito determinado”. Pero su ambición es bastante más amplia. Sus lazos “con el pasado político y con la emoción de la guerra” –lo que quiera haber querido decir Serrano con esa emoción– se quedan según sus propias palabras, en el pasado. Aunque los reactualiza como “una deuda de gratitud en mi alma, que intento pagar en la única forma posible en mi presente” (4) que, se entiende, es el espacio de la escritura: “he vuelto atrás, para esperar aquí a las nuevas generaciones y dejarles una señal, que no importa si es falsa o verdadera, pues solo intenta ser una manifestación y una comunicación que pueda estremecerles”. Personal, espiritual, juvenil y señera, como quiere ser entonces su escritura, no deja de lado, sin embargo, el interés nacional; pues, aunque abarque “un asunto más íntimo y más difícil (...) también se relaciona con la Antártica y muy especialmente con Chile” (5).

La obra no abordará, como aclara, aspectos técnicos de las exploraciones, ni geografía, recursos, ni elementos del paisaje. Tampoco “los derechos de los pueblos en disputa”, al menos no de la manera en que “otros lo han hecho ya, o podrán hacerlo con más autoridad que yo”, sino “sólo en la forma simbólica y mística en que lo hizo Job, o Herman Melville, en su ‘Ballena Blanca’”. Lo que Serrano comienza a establecer aquí, es un nexo entre nacionalidad, mito y leyenda; una suerte de simbolismo místico donde el continente antártico será determinante para entender, más allá de la cultura “técnica o racionalista” occidental, qué significa “haber nacido, o vivir en Chile (...) el hecho de ser chilenos”. Lo anterior cumple dos funciones: es una manera de no discutir directamente “los derechos de los pueblos en disputa” primero; y luego, una forma directa de vincular el espacio nacional al Continente Blanco y así, poner los derechos chilenos en un espacio trascendente y en un tiempo inmemorial, anterior al espacio mismo de cualquier nación. Serrano entra, a partir de allí, en una suerte de visión orgánica del mundo, y en un determinismo geográfico y espiritual que apunta a profundizar y a reactivar con su escritura: “El superficialismo que hoy todo lo abate, hace siglos que ha enfriado este ser vivo que es la tierra (...) Norte y Sur

son realidades geográficas contundentes e indiscutibles, pero, además, son también realidades psíquicas y morales en el alma” (6).

En ese sentido, y retomando la visión globalizante y decadente de la cultura occidental que alimenta permanentemente su relato, la mirada del viajero Serrano sobre el destino y el origen del mundo, se desplaza en busca de explicaciones hacia el espacio de los polos. Y el hallazgo es un punto a favor de la causa nacional. Lo que decae, ha “derivado del norte del planeta, bajando casi de los hielos hiperbóreos en Europa, o emigrando de las grandes estepas asiáticas”. Son las culturas “en quiebra”, responsables del “mundo en su actual agonía y derrumbe”. Lo que florece, contrariamente, trae “un periodo de actividad y de desarrollo”, y viene desde el “Sur”. Como un axioma, Serrano establece que “todo lo que está en el Norte debe perecer”, mientras “el Sur empieza a adquirir preeminencia en la Historia” (7). Esta conjunción temporal y geográfica entre el fin de la Segunda Guerra Mundial, el espacio chileno y el espacio antártico, comienza “a fecundar el frío” y toma, para Serrano, un sentido determinista y ontológico: “el deber de los hombres del Sur es tratar de entender los signos de su destino”. La práctica de este viaje y la reflexión, entonces, surgen como un apostolado: “Sea lo que sea, suceda lo que suceda, nuestra misión actual es preservar y salvar el Sur, integrándolo en nuestra conciencia” (7).

Las implicancias políticas de tal declaración son evidentes. Tal como en las primeras narraciones, el Estrecho será fundamental, pues ya apropiado y nacionalizado con la fundación del Fuerte Bulnes (1843) y el posterior establecimiento de la Colonia Penal de Punta Arenas (1848), se constituirá nuevamente sólo como lugar de paso para desplazar la utopía del control espacial, ahora hacia el Continente Blanco. También, porque de algún modo, la idea constituye la extensión y actualización de la mirada nacional oficial de los derechos chilenos sobre la Antártica, puestos por el autor en un espacio trascendente y anterior al tiempo mismo de la nación; más aún, puestos más lejos y hondo, hacia el espacio de la “conciencia”. El uso de la palabra “misión”, en ese contexto, resulta fundamental. Intentar “comprender esta misión”, significa dilucidar “qué es el Sur”, alejarse deliberadamente del espacio racional, “ese otro ‘mito’ de una civilización que muere”, y recurrir al del “Mito” y las “Leyendas”¹². Volver en calidad de misionero y con un sentido espiritual, es parte imprescindible del proceso de otorgamiento de “sentido” a la vida humana, y habría que agregar aquí, a la chilenidad que su figura quiere legar a los destinatarios de esta “misión”. Recordemos que en “todas las comunidades o pueblos que reciben la presencia misional” –serían Chile y Serrano al retorno de la expedición antártica–, “se produce una experiencia que

¹² Que en Serrano aparecen, junto con el “Sur”, formando una triada escrita con mayúsculas, que interpreto como un intento de llevar esos términos hacia el espacio de los sustantivos propios que el autor quiere acuñar a partir de su experiencia y su visión.

constituye una prueba, y la persona que es probada adquiere una existencia íntima y profunda” (Eliade en Arratia y Lausic 6), que es aquella intimidad y profundidad que ha venido señalando y a la que quiere llegar Serrano a través de su escritura.

Para desarrollar esta “misión”, el autor retomará, bajo diferentes modalidades de representación, varios de los tropos y figuras que encarnaron en las representaciones magallánicas anteriores, relacionándolas con Magallanes, aunque fundamentalmente, y al mismo tiempo, desplazándolas.

El espacio antártico, como antes Magallanes, se cargará de sentidos diabólicos: “en el fondo y centro del macizo continente antártico (...) donde existe una gran cavidad oscura y solemne, y que es la Mansión del Zinoc, o del Demonio, o del Ángel de la Creación; de sus dedos y de su pecho fluyen las corrientes generadoras, las potencias irresistibles de la multiplicidad y de las formas” (8). El hábitat de esta figura representa, adicionalmente para Serrano, la contraparte espiritual, moral “o mejor (...) la realidad psíquica de la Antártica”. El personaje “se mueve y, por lo general, cae infinitamente de cabeza, con las piernas hacia arriba, tratando de alcanzar, a lo mejor, por el interior de la tierra, el Norte antipódico con el que sueña y del que fue proscrito en el Drama original de la Creación” (8). La coincidencia entre la descripción de la figura diabólica que ostenta, primero presencia y luego poder en el espacio de la expansión territorial, actualiza en su variante nacional y antártica, las figuras y relaciones que vimos surgiendo en Pigafetta y Sarmiento, y que continuaron desarrollándose hasta constituirse en la figura de control del espacio magallánico en Miramontes y el Conde de la Granja.

Esa idea de control del espacio, que toma aquí forma de fosa desplazada hacia el sur, recoge además las sombras, refuerza la imagen de la muerte y la decadencia occidental que actúa como telón de fondo en la obra. Lo que importa a Serrano, no obstante, es construir el punto incorporando estas características en la inminencia de lo que “del Sur nazca hoy, o mañana”. Y un orden jerarquizado que el autor impone a modo de pregunta: “¿Deberá, por todo esto, ser inferior la cultura que algún día nacerá en el Sur, si es que en el Sur debe nacer alguna cultura?” (8). Otra interrogante enfoca complementariamente a los sujetos de este nuevo mundo: “¿Será acaso que el hombre del sur deberá integrar dentro de su realización la totalidad de las fuerzas y de las potencias que fueron despreciadas por la civilización que desaparece, incluyendo en su forma ‘plenaria’, o total, las oscuras energías de la creación y la sublimación real y efectiva de las fuerzas sexuales, respetuosa y místicamente consideradas?” (9).

La construcción cultural que surgirá entonces, a partir del encuentro con el Sur, tendrá primero un significado universal: “una dignificación y reintegración del hombre en el suceder armónico y palpitante del cosmos”; y luego, será el turno de Chile, a partir siempre de este encuentro con el Sur, de transformarse en “algo extraordinario”. Con la conquista del Continente Blanco, lo “extraordinario” –lo advertía desde el comienzo– será la refundación de la chilenidad para la refundación de occidente.

Como en las narrativas imperiales, en Serrano se asocia una vez más la naturaleza del sur extremo no solo con lo espiritual, sino con lo físicamente degradado: “Vivimos en el sur (con minúsculas, la aclaración es mía), envueltos en espesas y malignas influencias telúricas, que nos penetran y corroen, disolviéndonos y ablandándonos hasta los huesos”. Porque, efectivamente, como en las experiencias españolas de la naturaleza extrema, el contacto con el espacio del sur degrada tanto más, que incluso alcanza los niveles más profundos de la constitución física de quienes lo enfrentan. Y si bien el paisaje excede sus límites anteriores –pues con “sur”, Serrano se refiere a la posición de Chile en el globo–, como veremos en el encuentro del autor con un grupo “alacalufe”, Magallanes sigue concentrando y exacerbando esos efectos. Volviendo al sur más vasto, alcohol, miseria, suicidio, amargura, fracaso y “náuseas de sí mismo”, son los trazos que la naturaleza ha dejado en los sujetos: “el chileno y el hombre sudamericano en general, se encuentran aun completamente desconectados de su paisaje” (10); y esto, porque el paisaje en que Serrano deposita la esperanza de la refundación, no es el que hasta ahora se ha habitado. En ese contexto, el viaje a la Antártica se proyecta como respuesta a las interrogantes sobre cómo “escapar de la sombra, del peso de la sombra (...) de la pesadilla” (9). El origen de la “tristeza biológica” de los nacionales, repite además la imagen del agujero polar antártico donde mora el demonio fundacional: “Chile es un hoyo profundo, en el que cuesta subir y en el que racialmente, históricamente, nos vamos sumergiendo”. En su rol misionero, Serrano le agrega a Chile la calidad de “‘hoyo sagrado’ (...) es decir, que (...) el motivo de nuestro mal profundo, es también aquello que nos hace únicos y solitarios y que, algún día, debe ser la causa de nuestra grandiosa proyección” (10).

La liberación de todos los males, para Serrano, vendrá entonces de la mano del “hombre” que sea capaz de “desarrollar las fuerzas idénticas, necesarias para resistir el clima del sur del mundo y de poder luchar con él y vencerlo” (11). Y ubica en las “razas fuertes y llenas de vitalidad”, a los portadores de esas “fuerzas idénticas”, a los que llegaron desde Europa a poblar Chile y Sudamérica, pero que se debilitaron con el paso de los años y el contacto con el territorio mismo. Tal como Magallanes fue capaz de “barbarizar” a los españoles que entraron en su espacio, Serrano agrega que, en el espacio nacional y sudamericano, los hijos de esos extranjeros “ya no serán tan fuertes, con la fortaleza de aquellos, ni tan entusiastas” (12).

Habiendo establecido estas relaciones, lo que resta por desentrañar es “la atracción, el vértigo (...) la obsesión del Sur” del chileno. Siguiendo su línea mítica, Serrano atribuye este vínculo a una llamada (13), a una voz que “oiremos como de dentro de nosotros pronunciar un nombre, que aún no es el nuestro, pero que deberá llegar a serlo”, y que es enunciada desde el “polo magnético en el Sur” (14). El autor se suma a esta condición nacional obsesiva acudiendo a esa llamada, siguiendo el peregrinaje de viajeros anteriores y marcando el de aquellos que vendrán. Los extremos australes no habían sido alcanzados por “falta de preparación” (14), pero el momento que vive

parece ser el preciso: “Si nuestro viaje se detuviera en Magallanes, como sucede a menudo, sería incompleto” (17). En este sentido, la empresa antártica asoma como una continuación, una cadena naturalizada de estadios del proyecto de ocupación del espacio austral. Así, se vuelve a relegar a un Punta Arenas y un Magallanes, ya incorporados a la nación, a la mera posición de lugares de paso. Si bien estos poseen “raros signos”, habrá que continuar, traspasando el Mar de Drake y el Cabo de Hornos, leídos ahora como “barrera de defensa”, antes de alcanzar el destino final de los hielos. Con esta idea de barrera defensiva que parece resucitar a Sarmiento, Spanoqui y Antonelli, el control del espacio, la apertura y el cierre, se han desplazado hacia el sur, impulsado por las reclamaciones soberanas chilenas sobre la Antártica.

Para Serrano, el “verdadero viaje” comienza al sur del sur, en los canales patagónicos, y en el encuentro con una “alacalufe” de Puerto Edén, “semi-desnuda, cubierta de harapos, que daba de mamar a su hijo bajo la lluvia”. Serrano tuvo la impresión de “que del pecho de esa madre no salía leche, sino agua; porque agua es el alimento y la vida de esos seres, que mientras vivieron desnudos en la lluvia pudieron subsistir; pero que, vestidos de harapos, se enferman y mueren de tuberculosis”. Los kawésqar, o “alacalufes” para Serrano, son representados como la heterogeneidad total frente al proyecto nacional: “Es aquí, en el sur patagónico, donde mejor podemos darnos cuenta de lo poco que nosotros tenemos de común con el paisaje”. Porque los chilenos, ablandados hasta los huesos por el paisaje del sur, contrastan con este pueblo que aparece hecho uno con el paisaje, constituido por la materia acuosa de un medio ambiente que, además, es vestigio de otro tiempo del que los indígenas son sólo un residuo, y cuya desaparición es inminente y funcional al proyecto nacional: “¡Dejémosles! Van despacio cayendo, sumergiéndose en la tierra empapada, podrida de humedad y de raíces blandas; ya apenas si quedan afuera su cabeza y sus ojos, y esas crenchas de pelos tiesos, hermanas de las ramas del mañío” (16). Opuestamente funcional a la kawésqar es, no obstante y en comparación, la imagen de los “onas” o “selcnam”: “después de haber experimentado la profunda derrota y abyección de los alacalufes (...) los onas, raza sobreviviente de la Tierra del Fuego, no son abyectos, ni tienen ese aire de miseria total y de derrumbe interior. Se percibe en ellos la grandeza pasada de su stirpe y hay el signo de un orgullo aún no vencido” (17). La diferencia entre ambos pueblos, para Serrano, radica en el origen de cada uno. Los alacalufes, “según el profesor Oliver Schneider, vinieron desde el norte, adonde arribaron desde el oriente, o de las islas del Pacífico, cruzando por el Estrecho de Behring”. El antropólogo portugués Mendes-Correa, por el contrario, ubica el origen de los “selcnam” y las razas fueguinas en Australia, desde donde habrían partido “pasando desde la isla de Tasmania, hasta los bordes del casquete polar antártico, las tierras de Eduardo VII, la Península de Graham, las islas Shetland del Sur, y arribando a la Tierra del Fuego a través del mar de Drake”. El periplo habría provocado “una selección natural” de los “onas”, que los hizo vivir “desnudos entre los hielos” y que, a diferencia de los

cuerpos de agua de los alacalufes, los dotó de “cuerpos sin vellos, depilados por los glaciales, casi idénticos a esas rocas fueguinas” (22).

En este momento de conjunción entre los indígenas y la materialidad del espacio, es cuando Serrano logra articular la figura de administración del espacio de cierre y apertura que, para él, es la Antártica. Si los viajeros anteriores no estaban preparados para llegar al Continente Blanco, si los alacalufes desfallecen, a punto de hundirse y desaparecer por completo, es porque, a diferencia de los “onas”, hijos legítimos del sur, ninguno de ellos tenía “el Pase de la Antártica” (22). Quien lo otorga, es el “Negro Ángel de la Creación, con el que tendremos que combatir a muerte”, y que además “nos pulsa” para que luego la Antártica ponga su sello y el “Señor del Mundo” nos acepte en sus dominios (21).

Para el proyecto nacional, Serrano establece que “la Antártica es una necesidad interna e impostergable del chileno, algo que nos debe pertenecer por derecho propio, algo que se pide desde dentro”, y que está destinado a transformarse en un lugar de peregrinación espiritual tan relevante “como la Meca” (23). Y esa espiritualidad ubica al Continente Blanco en un espacio que, ante la luz que emana de su primer avistamiento, excede las palabras. La Antártica, dueña de una “inefable presencia” que “jamás podrá describirse”, toma así el lugar de aquello de lo que no se puede hablar que alguna vez ocupó Magallanes en los relatos imperiales. En parte porque, como el Estrecho y sus costas lo fueron para los europeos, la Antártica es ahora “algo nuevo, para lo que en nuestra mente no hay equivalencias conceptuales, ni premisas”; en parte también por la connotación mística del espacio, que sirve de analogía al misionero Serrano para relatar su experiencia: la Antártica “es algo así como un epifenómeno, que hay que sentir, intuir, vivir y que no se puede narrar o explicar” (19).

Viajar, ir, y transformar a la Antártica en la Meca chilena, es posible ahora en tanto el estadio anterior, el espacio de tránsito magallánico, aparece ante Serrano ya incorporado y asimilado a la nacionalidad, enmarcado y definido: “La Patagonia y la Tierra del Fuego son un mundo antiquísimo, substraído al espanto de lo remoto; pero poseen un alma propia y diferenciada”. El espacio antártico, en cambio, “no tiene alma, es como un muerto; o mejor, puede tener en si todas las almas”. La condición política contingente, en relación con la soberanía del continente austral, es leída por Serrano desde una correspondencia absoluta con su visión metafísica: “es internacional, indiferenciada, está más allá de lo humano, de nuestro estado actual”. Y allí se halla el desafío que tal condición impone a la empresa chilena, y que calza a la perfección con el tono misional de su gesta personal y nacional: “Para convivir con ella debería hacerse aflorar en nosotros un aspecto puramente colectivo de la propia alma, un estado que fue original en los tiempos iniciales y que será conquista consciente en el futuro” (20). Serrano ha dejado en claro que la decadencia de Occidente, a la luz de la historia reciente, no ha sido ni será lo adecuado para inscribir y concebir el nuevo continente. Y ha revisado los espacios y componentes nacionales que, circundando el mundo de

los hielos antárticos, podrían, desde otras aristas, lograr el surgimiento de lo que busca. Propone entonces que el chileno debe completar ese carácter ausente, esa personalidad no inscrita ni escrita en el blanco de la superficie polar. Y que debe hacerlo el chileno, porque hay relaciones que están más allá de las occidentales, que vienen de tiempos inmemoriales, anteriores ciertamente a los de las reclamaciones de las políticas oficiales. Y porque hacerlo, finalmente, será una refundación, una elevación y una proyección de la nacionalidad misma. Para Serrano, en el tiempo mítico está el respaldo de la causa chilena. Ha vuelto a él, explorando los mitos que han poblado el espacio nacional ya apropiado, ya “con personalidad” del sur del sur. Y ha hallado el respaldo no en los “alacalufes”, al fin y al cabo un pueblo “de agua”, proveniente del norte, decadente y a punto de sucumbir como occidente mismo, sino en los “onas o selcnam”, los hombres “de hielo”, que “poseían ya el pase y podían resistir las emanaciones malignas de esta tierra” (22). Son ellos, por tanto, los que “en sus mitos y sus leyendas nos instruyen profundamente en lo referente al más lejano pasado” (24). Y son sus relatos los que, a la vez, permiten a Serrano rescatar el pase del “Negro Ángel de la Creación” para sus legítimos herederos y destinatarios contemporáneos –los chilenos–, chilinizando así el espacio internacional de la antártica, y “antartizando” el de la chilenidad. Tomar posesión territorial y simbólica de la Antártica desde el espacio del mito “selcnam”, significa, además, incorporar la heterogeneidad indígena al espacio nacional en una suerte de alquimia que, a contar de ahora, comienza a amalgamar los cuerpos indígenas de roca y hielo, con el espacio de la geografía, el tiempo inmemorial, la ciencia occidental, y la especulación político-histórica.

La calidad interna del llamado antártico en la conciencia, tanto de los viajeros históricos australes como del chileno, tiene que ver, precisamente, con el espacio del “Mito” tal como el cronista lo entiende: “una realidad interna del alma, más que un suceso externo en el mundo” que traspone “a la realidad exterior leyes y acontecimientos de su propia razón interior” (37). En un sentido inmediato, esa realidad exterior con la que el mito se relaciona, para Serrano, es la de la Expedición Antártica Chilena de 1947, y la de las reclamaciones antárticas de Chile. Hay que agregar aquí que, tal como se desprende de lo anterior, Serrano entiende la historia menos como “ciencia sociológica” que como “ciencia psicológica” que cobra sentido en medio de la maquinaria de un eterno retorno, condenada a ella precisamente por ser solo “la expresión externa del drama del alma humana”. Si “en su última realidad el alma se mueve en busca de sí misma conforme a una sola ley que carece de variación”, Serrano concibe al “Mito” dentro de ese esquema, como “el relato en símbolos de este drama único”, que es también y siempre “uno e idéntico” (38).

La cosmogonía selk’nam es el lugar simbólico desde donde Serrano comienza a establecer las relaciones que hasta aquí ha venido anunciando. Temauquel, como ser infinito, crea un primer mundo “plano, sin arrugas, sin ríos”, al que envía a Quenos, figura engendrada probablemente por el Firmamento, que nace cubierta de una piel de

guanaco. Quenos, a su vez, crea a los Caspis, primeros seres que comienzan a alterar el espacio liso de la tierra transformándose en ríos y montañas, viviendo dentro de esas montañas, dominando el cuerpo y los sentidos para llegar a ser “puro espíritu”, transformándose así en depositarios del secreto de la inmortalidad “que se logra embalsamando el cuerpo dentro de los hielos”. Más tarde, los Jon o “magos selcnam de la Tierra del Fuego”, conservarán esos secretos. Son los que “aún se immortalizan embalsamándose dentro de los hielos del Sur” (25).

Una vez dispuestos estos antecedentes, Serrano apunta programáticamente a establecer las “analogías” entre ellos y “las investigaciones de los hombres de ciencia de nuestro tiempo” (25). El geógrafo Wegener es el punto de partida. Y su teoría de la migración de los polos y el cambio en la posición de los continentes, le permite posicionar a la Antártica en el lugar actual de Brasil (25), o en el espacio de la “Atlántida” (27). La idea de un solo continente central, “liso”, se acerca entonces a la del primer mundo creado por Temauquel; y la separación de los continentes, al proceso de arrugamiento, emprendido por los Caspis (26). El relato selk’nam¹³, por otra parte, se le asemeja a Serrano por una cuestión temporal –“tanto Wegener como los selcnam parecen colocar a esa tierra central en un pasado mucho más primitivo”– quizás no a la Atlántida, sino a Lemuria¹⁴: “¿Qué es entonces hoy la Antártica? ¿Qué misterios oculta en su reposo, en su embalsamamiento, en su muerte? ¿Fue la Lemuria, fue la Atlántida? Solo en el día de su resurrección lo sabremos” (27).

De esas preguntas abiertas y las relaciones míticas, geográficas y espaciales enunciadas, el autor se desplaza hacia la activación de la cadena de hechos que demandan, a su vez, la activación del “Mito”. El plano histórico, entonces, para Serrano, se proyecta a partir de la figura de Oswald Spengler¹⁵, articuladora de “toda una filosofía de la repetición cíclica de la Historia”, no sin antes advertir que “no basta que un mundo en decadencia sea reemplazado por otro bárbaro y lleno de vitalidad biológica, para que el nacimiento de algo nuevo se verifique” (29). Serrano entonces se encuentra en la necesidad de un “acontecimiento dramático” que active “el soplo del espíritu”, y

¹³ Serrano no deja señas de las fuentes de las que toma estos relatos.

¹⁴ “Lemuria, en el sur del mundo, estaba habitado por seres blandos y gigantescos y (...) sus cielos permanecían cubiertos de espesas neblinas calientes y húmedas; era una tierra plana, sin arrugas y que fue destruida por el fuego” (27). Wegener aquí, corresponde al científico alemán Alfred Lothar Wegener (1880-1930) “who formulated the first complete statement of the continental drift hypothesis” (Encyclopaedia Britannica online).

¹⁵ La lectura de Oswald Spengler fue sin duda alguna muy importante en España y Latinoamérica: “Ortega y Gasset, a través de *La Revista de Occidente*, difundió a los pesimistas culturales alemanes (...) Oswald Spencer llegó a causar estragos cuando se editó en 1923 *La decadencia de Occidente* (1918-1922) traducida por Manuel García Morente y con prólogo del propio Ortega” (Sebreli 235).

que sea capaz de activar en el alma “del hombre”, nuevamente “entusiasmo por algo, pasión, amor y odio”. Es el proceso que trae consigo el nacimiento “del Mito, estallando en medio de los engranajes mecánicos del proceso histórico fatal” (30).

Para ajustar la filosofía de Spengler “más a la realidad”, Serrano propone completarla con las aproximaciones al procedimiento espiritual del nacimiento de los mitos en la Historia desarrollada por el Conde de Keyserling, para quien la figura del mago corresponde a la de un sujeto extraordinario que surge en algún momento de la historia de los pueblos. Poseedor del “poder del ‘Logos Spermatikos’”, el mago sería dueño de una fuerza fecundante del medio social, y se transformaría en el creador utilizado “por el destino para renovar la vida del alma de los pueblos”. Los magos viven poco, lo que marca el aspecto dramático del efecto de su acción. Su muerte o desaparición es siempre trágica y misteriosa, y el inconsciente colectivo de las muchedumbres, “enamorado” o “fecundado” de ese “Logos Spermatikos”, se niega a aceptarla. El surgimiento del mito o la leyenda en torno a la figura, entonces, materializa “las grandes condiciones implícitas que el mago no alcanzó a realizar en su breve paso por la vida”; es decir, mito o leyenda constituiría “todo aquello que el mago pudo haber hecho y que no hizo, o todo lo que se cree que pudo llegar a hacer” (31). En esta línea de personajes, Serrano ubica a Rama, el conquistador “Ario” de la India, a Orfeo, a Krishna, a Jesús y a Mahoma. Magos todos que, según Serrano y usando los conceptos de os u Gebauer¹⁶, hicieron del objeto de su vida individual, entregar sus almas al alma de sus pueblos, cumpliendo en su destino la expresión de sus historias nacionales: “De este modo pudiera venir a ser que en ciertos momentos de la vida de un pueblo, un hombre misteriosamente designado pase a encarnar esta alma, perdiéndose para su propia personalidad y transformándose en un médium, o un poseído, en el que, sin embargo, todos ven la encarnación del Mito que ellos mismos llevan dentro”. Una vez que surge el personaje y, con él, el Mito, agrega Serrano, “nadie podrá interrumpir su desarrollo futuro, que seguirá el mismo camino fatal de los símbolos y de las leyendas” (33).

Sorprendentemente, lo que Serrano propone por esta línea y a partir de la llegada de Chile a la Antártica, es alcanzar la figura de Hitler. En efecto, “Hitler está Vivo” (1947) de Ladislao Szabó¹⁷, llega a manos de Serrano para agregar el eslabón

¹⁶ La figura de este Gebauer aparece opaca a la investigación. No fue posible acceder a más datos que la mera mención en el libro, lo que confirma, en parte, lo que el mismo Serrano señala a propósito de él: “Gebauer, un pensador contemporáneo de Alemania, bastante desconocido de nosotros, como es lógico, y que fue, además, desplazado por divulgadores de menor cuantía” (32).

¹⁷ Autor argentino de origen húngaro, dedicado fundamentalmente al género biográfico. Además del texto trabajado por Serrano, entre sus obras destacan *Niños heroicos* (Buenos Ai-

de especulación político-histórica que consigue cerrar la cadena de relaciones. Serrano resulta más bien crítico acerca de la emoción negativa que carga el libro con respecto a la figura de Hitler, reprochando el “apasionado tono de odio en contra del personaje central de su obra”. Y si salva a la publicación del puro “panfleto político”, como la cataloga, es porque el fondo del relato cae “inconscientemente en la zona de la Leyenda y del Mito” (34). La obra, que a Serrano se le asemeja a una novela policial, aborda la llegada de dos submarinos alemanes a Argentina en 1945, parte de “un ‘convoy fantasma’ que acompañaba a Hitler en su viaje hacia a la Antártica”, pero que desconocía “el objeto del viaje y el final de su destino” (34). La idea de que Hitler estaría vivo en el Continente Blanco, estaría reforzada, según agrega Szabó, por la presencia de aviones norteamericanos que habrían llegado a Argentina a interceptar esas embarcaciones, por testimonios que lo afirman en los juicios de Nüremberg, por el relato del Almirante Doenitz, quien en 1943 declaró a la prensa mundial el descubrimiento de “un punto inexpugnable del planeta, un paraíso terrenal para el Führer”; y por la finalidad verdadera de la expedición del Almirante Byrd a fines de 1946 y comienzos de 1947, cuyos radares, aparatos fotográficos, detectores termo-magnéticos, y su gesto “de dejar caer desde el aire la Bandera de las Naciones Unidas en los instantes en que sobrevolaba el Polo Sur, como un acto simbólico de desafío”, tenían como finalidad buscar a Hitler. Szabó concluye que Hitler vive dentro de una montaña excavada y preparada desde “la expedición antártica alemana del Capitán Ritsche, al cuadrante que queda frente al África, en las tierras de la Reina Maud, donde se encontraron, en 1939, los misteriosos oasis de aguas calientes” (35). Hitler estaría allí, acompañado de su “Estado Mayor de fanáticos y de los mejores científicos de Alemania, que ya habían descubierto la desintegración atómica y cosas aún peores”, esperando el momento preciso para volver. Serrano agrega que el libro de Szabó concluye “con la suposición extraordinaria y fantástica”, de que Hitler puede haber sido sometido a un procedimiento de congelación artificial, que se demostró que los nazis manejaban en el proceso de Nüremberg, para volver rejuvenecido cuando sea el momento. Szabó pide además, una nueva expedición en busca de Hitler. Y Serrano cierra: “Sin mayor comentario pondremos aquí un punto”.

El cronista chileno de la expedición antártica de 1947, ha anunciado ambiguamente el retorno de Hitler y, a continuación, sitúa cuidadosamente la palabra “espanto”, sólo que desplazando su efecto desde la figura del Führer hacia el espacio del eterno retorno de la historia: “un espanto debe invadirnos (...) la angustia de ser solo prisioneros de un anillo eterno y poderoso, nos sobrecoge” (36). Las coincidencias entre la cosmogonía

res, 1941); *Vidas ejemplares de grandes benefactores de la humanidad* (Buenos Aires, 1949); *Juventud y hechos de hombres extraordinarios* (Buenos Aires, 1952); *El Húngaro Ladislao Orosz en tierras argentinas 1729-1767* (Buenos Aires, 1984) (Ladislao Szabó online).

selk’nam y las teorías respecto del destino y las posibilidades de los acontecimientos políticos e históricos de la Segunda Guerra Mundial, lleva a Serrano, una vez más, a cuestionar el lenguaje científico como otra variante de época, limitada a reiterar “el mismo argumento y la misma monótona historia de la eternidad” (36). En este caso específico, la ciencia cumpliría “los viejos mitos de los selcnam y de Apolo renacido en los hielos del norte, al hablar, en su lenguaje, de la inmortalidad del cuerpo y de la eterna juventud por medio del procedimiento de la congelación artificial” (37).

El “mago” que asomó en esta línea de relaciones entre el acontecimiento histórico, el mito y la especulación histórica y científica, es la figura de Hitler. Las relaciones entre Hitler y la mitología selk’nam, entre esta y la figura del demonio, y entre todos estos elementos y el espacio de la Antártica —Magallanes mediante—, es lo que otorga sentido y protagonismo a la empresa nacional.

Si el mago —Hitler, para Serrano—, tal como lo describe Jung, es “una víctima de su propia alma, como un ser prisionero de las fuerzas arquetípicas, de sus propias apasionadas y tremendas creaciones mentales,” lo que corresponde es que su “alma” se libere “del Mito y hasta de la Historia, para alcanzar la última realidad del Sí Mismo, de aquello que los orientales llaman el Nirvana o el Purusha y los selcnam, Temauquel” (38). Serrano no se atreve a vincular directamente a Hitler con la chilenidad, pero sí propone para ella un camino similar al que el “mago” nazi comparte, según él, con la cosmogonía ‘Selcnam’ y los mitos universales: “Somos un Hijo Pródigo que debe retornar, buscando para ello el viejo camino de los hielos. Era simbólico el viaje de Apolo hacia los hielos del norte en busca de la eterna juventud, como simbólico debiera ser nuestro propio viaje hacia la Antártica” (39).

La llamada, aquí, es a hacer crecer el espacio de “la república del hielo en nuestro corazón”; es decir, a internalizar el continente polar. El verdadero viaje a la Antártica, entonces, debe realizarse en forma interior (39). El mismo Serrano, misionero inaugural y fundacional de su propia travesía, testimonia el comienzo de este, afrontando “la herencia y el recuerdo psíquico de las primitivas razas abyectas, que fueron mis hermanos, que fueron yo mismo”. Desde allí, propone “seguir sin desmayar, hasta donde asoman las señales de un mundo lejano y diferente”. Y si el destino, como ha adelantado, corresponde a la conquista del alma, en ese punto, lo que corresponde es “luchar a muerte con el Ángel Negro de la Creación”. Triunfar en esa lucha significa acceder al “misterio del Oasis” que guarda entre hielos el calor de la vida eterna. El espacio símbolo de todo este proceso, es también un viaje, que va desde “la Cruz svástica” con los brazos en movimiento, hacia la “Cruz de los brazos inmóviles que ha detenido la vida externa y que debe darnos la paz”. Opciones para ese viaje hay dos: o volver resucitado y renacido. O levantar la morada junto al hogar primitivo (39).

Si leemos ese testimonio de Serrano en clave de misión nacional, lo que hallamos es una llamada a reconstruir la espiritualidad chilena a partir del viaje y de una serie de correspondencias que el autor vislumbra en diálogo, ya desde el espacio del mito

al de la historia, ya desde el lenguaje científico al de la alegoría. La idea de incorporar y aceptar lo “abyecto” de la herencia indígena, supone ir de la “multiplicidad, hacia la individuación”, hacia la unidad del “origen” a la que se retornaría al final de los tiempos (26). La selección de la cultura “selcnam” por sobre la “alcalufe”, la mirada de “selección natural” sobre el destino de éstas, y la incorporación del relato mítico y no de la figura histórica del indígena, en esa línea, tiene un sentido marcadamente funcional al proyecto nacional. Serrano acepta lo indígena, de algún modo, como parte de la lucha con el “Ángel Negro de la Creación”, y con el objetivo de conseguir la estabilidad, la reconciliación, la homogeneización con aquella parte “abyecta” que inevitable e irremediamente, constituye la nacionalidad, pero donde finalmente terminará disuelta. La mirada política de Serrano aparece revestida de una espiritualidad que, aunque aspira a relieves la experiencia individual y metafísica del viaje antártico, lo hace a partir de elementos que, antes de la síntesis final, pasan por el tamiz de la mirada y la genealogía nacional. Y que terminan encarnando en el llamado al deber patriótico. La cita de Píndaro es propicia para Serrano y es una advertencia para Chile: “ni el personaje del Mito existe afuera de nosotros, ni la Antártica externa nos dará la felicidad” (40). Sin embargo, “¡Ay, del desdichado, sin patria ni hogar, que al fin ha alcanzado plena soledad!”, pues “a través de los caminos de la propia patria” hay que buscar la tierra del espíritu (43).

La imagen de una Antártica situada en el mapa temporal, físico e internacional de 1947, como “el fondo del único corazón que tiene el mundo”, surge para el cronista desde el fondo mítico y sagrado de una secuencia de cierres y aperturas. Llegar a esos hielos eternos será posible sólo desde el viaje espiritual iniciado a partir del desciframiento que el misionero Serrano ha conseguido de ellos. Desplazar esos hielos hacia el corazón del chileno, significa ubicar al continente antártico en un espacio que está fuera del alcance de los otros pueblos. *La Antártica y otros mitos* anexa los hielos polares del sur al espacio nacional, a través del vínculo geográfico, histórico y mítico de los espacios magallánicos. Teniendo ese “pase” que antes ostentaron los “selcnam”, y que ahora está en poder de Chile, la Antártica se transforma en un espacio capaz de refundar no solo el sentido de la vida nacional, como hemos repetido, sino los fundamentos de occidente y el corazón mismo de la humanidad. Serrano pone así a la chilenidad en el centro del espacio espiritual occidental. Chile, en tanto situado en el espacio del intercambio cultural internacional que trae aparejado el contexto antártico internacional, se encuentra ante una disyuntiva misional y espiritual, que hace de la incorporación de estos territorios a su soberanía, un deber ineludible de patriotismo del cual depende el destino de la humanidad. Serrano se encarga de establecer, como buen viajero de gobierno, todos los vínculos míticos, geográficos y culturales que permiten argumentar la pertenencia de la Antártica a Chile. La Antártica, como símbolo de renovación de una chilenidad marcada y afectada profundamente por el paisaje, entonces, termina asociada con el

destino simbólico de la cruz estática, aunque la cruz “svástica” sea, para Serrano, el motivo y el símbolo del viaje.

La última escena narrada en el libro, ambigua desde el espacio de los sueños la posibilidad de encuentro entre Serrano y Hitler. Si, después del relato, apenas recuerda la partida porque llevaba “otros ojos y otros sueños”, es porque hubo una transformación de su nave producto del contacto con los elementos del entorno, y de un encuentro que se funda atravesando los tiempos (45): “Cuando la soledad cercaba, los confines y los horizontes del hielo se iban aproximando poco a poco, una embarcación emergió sobre las olas” (47). El hallazgo es efímero, pero tiene un impacto mayor, que es el destino final de la travesía y anticipa el destino del país y de occidente: “Por ese encuentro que durará en la eternidad del mar lo que demore su barco en pasar junto a mi iceberg, yo he vuelto a ser niño y luz en la primera aurora”. Serrano exhorta a aquel que vio en el encuentro: “¡Abre tu ser, mírame en tus ojos, no cierres tu alma todavía! ¡Esas abejas doradas, que son tuyas, y que te rodean como una corona de dolor autentico, que vengan hacia mí y beban la sangre de mi corazón!” (49). El símbolo de las abejas¹⁸, el dolor, y sobre todo la aparición de la embarcación que “emerge” del agua, es decir, el submarino asociado a la presencia de Hitler en la Antártica, le abren el diálogo a Serrano con el último de los “magos”. El chileno asegura que luego de este viaje personal y nacional, el Führer encontrará su “mano, que nunca te ha dejado, junto a la mano de todos los demás, que tampoco nos han abandonado”. Y que, a pesar de los elementos naturales, de “las duras olas y los vientos remotos”, llegaremos enteros a la lección del encuentro: aprenderemos “a besar la tierra”. Las exclamaciones finales de Serrano a Hitler, entrañan la posibilidad de que podamos, incluso, hacerlo con gozo: “¡Enséñame a bailar, enséñame a cantar!” (50).

¹⁸ El símbolo de las abejas carga desde la antigüedad egipcia con connotaciones imperiales, por la organización monárquica misma de estos insectos. En la tradición órfica, además, representa a las almas por su migración desde la colmena en enjambres, tal como se supone emigran las almas desde la ‘divina unidad’ (Cirlot 23). Las abejas han sido relacionadas con Hitler, además, a través de la figura de su padre, dedicado a la apicultura, fenómeno que habría tenido impacto significativo en la manera de concebir las estructuras sociales del Führer (Hernández 41). En ese sentido, Stein identifica en su estudio sobre la relación entre ciencia biológica y nazismo que “just as each cell of an organism though autonomous, is subordinated to the body as a whole; in the same way in the societies of bees, ants, and termites, in the vertebrate herds, and in the human state, each individual is subordinate to the social body of which he is a member” (Hernández 56).

CONCLUSIONES Y ÚLTIMOS DESPLAZAMIENTOS: LAS HUELLAS ANTÁRTICAS EN MAGALLANES

Hasta aquí hemos visto que las representaciones inaugurales del territorio magallánico como lugar de paso, de aperturas y de cierres, de isletas móviles, de proyectos de fortificación, de bloqueos y fracasos definitivos, terminaron constituidas de manera funcional al proyecto político del imperio español, asociando fuerzas naturales energúmenas, un mundo indígena giganteo y un culto que termina por cederle al demonio el control total del lugar. Con *La Antártica y otros mitos* de Miguel Serrano, dichas imágenes y representaciones vuelven a asomar en el imaginario austral, esta vez desplazadas hacia el Continente Blanco. El autor encuentra en Magallanes, relegado nuevamente a lugar de paso, ahora en el proyecto nacional, el nexos entre Chile y la Antártica: mitos y leyendas del pueblo selk'nam, desatarán una alquimia entre cuerpos indígenas, territorios y nazismo —incluyendo la figura del Führer—, para enarbolar la causa de la nacionalización de los hielos como un deber patriótico, que será refundación, elevación y proyección no solo del ser chileno, sino del mundo occidental.

Solo para cerrar, y por curioso que pudiera parecer, habría que agregar que los desplazamientos de los territorios australes y sus representaciones, han continuado ocurriendo. La más evidente, a partir de la conmemoración de los 50 años de actividades científicas de Chile en la Antártica, ocurre en la publicación de *Huellas Antárticas en Punta Arenas y el Estrecho de Magallanes* (2013). La obra, editada por el Instituto Antártico Chileno (INACH), articula un circuito Antártico, una superposición y una demarcación territorial simbólica de rastros y referencias del Continente Blanco sobre el plano de Punta Arenas y las costas del Estrecho, que no puede sino leerse como una suerte de actualización de la declaración de Serrano con que abrimos este documento: “Sea lo que sea, suceda lo que suceda, nuestra misión actual es preservar y salvar el Sur, integrándolo en nuestra conciencia” (Serrano 7).

BIBLIOGRAFÍA

- “Biografía”. E B. Libros. Distribuidor oficial de la obra del escritor Miguel Serrano. Web. 25 de marzo de 2015.
- Cámara Muñoz, Alicia. *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*. Donostia-San Sebastián: Editorial Nerea. 1998.
- Castellano Girón, Hernán. “El misterio Serrano.” *Anaquel Austral.cl*. Septiembre, 2005. Web. 25 de marzo de 2015.
- Cirlot, Juan Eduardo. *A Dictionary of symbols*. New York: Philosophical Library, 1962.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Edición de Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 2002.

- Firbas, Paul. “Geografía antártica y el nombre del Perú”. *La formación de la cultura virreinal II. El siglo XVII*. Karl Kohut and Sonia Rose, eds. Madrid: Iberoamericana, 2003: 265-288.
- . “Fracaso, derrota y épica: las poblaciones del Estrecho de Magallanes (1584-1587)”. *Iberoromania*, 58 (2003): 126-137.
- Formoso, Christian. ““La divina providencia” y “la puerta del estrecho” de Magallanes en dos poemas coloniales”. *Anales de Literatura Chilena*, No. 31 (2019).
- Hernández, Jesús. *Breve historia de Hitler*. España: Editorial Nowtilus. Colección ‘Breve Historia’, 2012.
- . *Huellas antárticas en Punta Arenas y el Estrecho de Magallanes*. Punta Arenas: INACH, 2013.
- . “Ladislao Szabó”. Acceder. Red de contenidos digitales del Patrimonio Cultural. *Ministerio de Cultura de Argentina*. Web. 5 de mayo de 2015.
- Livon Grossman, Ernesto. *Geografías imaginarias: el relato de viajes y la construcción del espacio patagónico*. Beatriz Viterbo Editora. Buenos Aires, 2003.
- Martinić, Mateo. *Breve historia de Magallanes*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 2002.
- . “Cronología Antártica 1493-1974.” Santiago de Chile: Boletín de Difusión N. 8. Instituto Antártico Chileno INACH, 1975.
- . *Historia del Estrecho de Magallanes*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1977.
- Miramontes Zuázola, Juan de. *Armas antárticas*. Estudio, edición crítica y notas de Paul Firbas. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Colección Clásicos Peruanos, 2006.
- Pigafetta, Antonio, *Primer viaje en torno del Globo*. Buenos Aires-México: Espasa Calpe, 1943.
- Salazar Naudón, Cristián. “Miguel Serrano y el Tratado antártico: el guardián de los témpanos.” *Alerta Austral*. Web. 15 de marzo de 2015.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro. *Viaje al estrecho de Magallanes*. Vol. 1, 2. Buenos Aires: Emecé Editores, 1950.
- Sebreli, Juan José. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2011.
- Serrano, Miguel. *La Antártica y otros mitos*. Santiago: Imprenta El Esfuerzo, 1948.
- . *Quién llama en los hielos*. Santiago: Nacimiento, 1957.
- Vargas Ugarte, Rubén S.J. *Historia general del Perú*. Lima: Editor Carlos Milla Batres, 1966.
- Velázquez Elizarrarás, Juan Carlos. *El derecho internacional público en la agenda política de las relaciones internacionales*. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Ciudad Universitaria, México, 2005.

Wegener, Alfred Lothar. *Encyclopaedia Britannica.com*. Web. 10 de mayo de 2015.

Zuleta Carrandi, Joaquín. “La fortificación del estrecho de Magallanes: un proyecto al servicio de la imagen de la monarquía”. Universidad de Navarra, 2013. Web. 10 de enero de 2015.